

LAS SILLITAS ROJAS

EDNA O'BRIEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *The Little Red Chairs*



Este libro se publica con el apoyo de Literature Ireland.

© Edna O'Brien, 2015
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2016
© Errata naturae editores, 2016
C/ Doctor Fourquet 11
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-08-0

DEPÓSITO LEGAL: M-28541-2016

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

DISEÑO DE PORTADA: Nuria Zaragoza

IMAGEN DE PORTADA: Marie Carr / Arcangel images

MAQUETACIÓN: María O'Shea / A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

GRACIAS A
Zrinka Bralo
Ed Vulliamy
Mary Martin (seis años de edad)

«Poco puede uno solo contra la historia».

ROBERTO BOLAÑO

«El lobo tiene derecho al cordero».

La corona de las montañas (epopeya serbia)

El 6 de abril de 2012 se colocaron en filas 11.541 sillas rojas a lo largo de los ochocientos metros de la calle principal de Sarajevo con el fin de conmemorar el vigésimo aniversario del inicio del asedio de la ciudad por parte de las fuerzas serbobosnias. Una silla vacía por cada habitante de Sarajevo asesinado durante los 1.425 días de sitio. 643 sillitas representaban a los niños asesinados por los francotiradores y la artillería situada en las montañas circundantes.

PRIMERA PARTE

CLOONOILA

Gilgamesh se lavó el cabello enmarañado y apelmazado, limpió sus armas, dejó caer el cabello sobre su espalda.

Dejando a un lado sus vestiduras sucias se vistió con otras limpias, se envolvió con mantos, se ciñó con un fajín.

El pueblo toma el nombre del río. La corriente, rauda y peligrosa, se acelera con desenfrenado júbilo y en su cauce arrastra placas de madera y troncos de hielo. En el lecho de los tramos muertos de agua estancada brillan unos guijarros azules, negros y morados perfectamente pulidos y redondeados; es como contemplar una nidada de huevos de gran tamaño dentro de un cubo de agua. El ruido es ensordecedor.

De las ramitas más esbeltas de los árboles que dominan Folk Park caen las gotas de deshielo con un sonido suave y susurrante, y un anárquico collar de carámbanos, azulencos en la noche escarchada, hermosea la escultura de aros metálicos, un engendro para muchos lugareños. De haberse adentrado un poco más, el forastero habría visto las banderas de varios países, síntoma del reciente cosmopolitismo del lugar, y, en un guiño a la nostalgia, varias piezas de maquinaria agrícola añosa: una segadora,

una rueda de molino y la réplica de una típica casa de campo irlandesa, de los tiempos en que los campesinos vivían en chozas y sobrevivían a base de ortigas.

El hombre se planta al borde del agua, en apariencia hipnotizado.

Es barbudo, lleva abrigo largo y oscuro y guantes blancos; se detiene en el angosto puente, baja la vista hacia el bramido de la corriente y echa un vistazo en derredor, aparentemente algo desubicado; su presencia es la única nota curiosa en medio de la monotonía de una noche invernal en un helador remanso con aspecto de pueblo llamado Cloonoila.

Mucho más tarde habría quien hablaría de extraños sucesos acontecidos esa misma noche invernal: perros que ladraban desaforados como si hubiera tormenta, y el sonido del ruiseñor, cuyo canto y gorjeos nunca se oían tan al oeste. La hija de una familia de gitanos que vivía en una caravana junto al mar juró haber visto al Pooka colándose por su ventana para llevársela, blandiendo un hacha.

Dara, un chico joven con el pelo de pincho y apelmazado con gomina, esboza una amplia sonrisa cuando oye el tímido movimiento de la aldaba y piensa: «Por fin un cliente». El negocio va fatal por culpa de las puñeteras leyes contra el consumo de alcohol al volante: los hombres del pueblo, tanto solteros como casados, se morían por un par de pintas pero no se atrevían a arriesgarse, con tanto

guardia pendiente del más mínimo traguito; les arrebatában los sencillos placeres de la vida.

—Buenas noches, caballero —saluda al abrir la puerta; asoma la cabeza, hace un comentario acerca del impactante tiempo y a continuación ambos hombres, en un incierto atisbo de camaradería, se quedan uno frente al otro y toman aire con decisión.

Al examinar con mayor detenimiento aquella silueta de barba blanca y pelo cano ataviada con un abrigo largo negro, Dara sintió el impulso de persignarse, igual que ante la imagen de un santo. El hombre llevaba unos guantes blancos que se quitó despacio, dedo a dedo, sin dejar de mirar a su alrededor con recelo, como si se sintiera vigilado. Dara lo invitó a sentarse junto a la chimenea, en el sillón bueno de piel, y colocó una pila de briquetas con una pizca de azúcar para hacer lumbre. Era lo menos que podía hacer por un forastero. El hombre le preguntó por los hospedajes, y Dara replicó que se pondría «la gorra de pensar».

Prepara un whisky caliente con clavo y miel y pone de fondo un disco de la mejor etapa de los Pogues. Prende unas pocas velas viejas y casi del todo consumidas, para «crear ambiente». El forastero rehúsa el whisky y pregunta si podría tomar mejor un brandy, que hace girar y girar en su gran copa; bebe sin mediar palabra. Dara, parlanchín por naturaleza, expone su historia personal, sólo por pegar la hebra:

—Mi madre, una santa; mi padre, muy metido en clubes juveniles pero totalmente en contra de las drogas y el alcohol... Mi sobrina es mi mayor orgullo y mi alegría,

acaba de empezar el colegio y se ha echado una amigueta que se llama Jennifer... Yo trabajo en dos bares, aquí en el TJ's y los fines de semana en el Castle... al Castle van futbolistas, unos perfectos caballeros... Con uno me hice una foto, me he leído la autobiografía de Pelé, un librazo... dentro de poco voy a Inglaterra, a Wembley, a un amistoso con Inglaterra... ya tenemos los vuelos, vamos seis, pararemos en un albergue, va a ser la leche. Voy al gimnasio, hago un poco de cardio y luego mis flexiones, me encanta mi trabajo... Mi lema es: «Si fracasas al prepararte, prepárate para fracasar»... Jamás bebo en el curro, pero cuando salgo con los colegas una buena pinta de Guinness no puede faltar. Me encanta el fútbol, y las pelis también... Vi un películón con Christian Bale, el que hace de Caballero Oscuro, pero las de miedo no me van, para nada.

El visitante parece haber espabilado y mira a su alrededor, en apariencia intrigado por los cachivaches que se amontonan en todos los rincones y recovecos, objetos que Mona, la dueña, ha ido acumulando con los años: botellas de cerveza, cajas de cigarros y cigarrillos con caligrafía florida, un barrilito de cerámica con grifo dorado y el nombre en español de la zona productora de jerez de la que procede, y, en memoria de un día aciago, un letrero de madera que en letras talladas reza: «Peligro: estiércol profundo». La advertencia, explicó Dara, era porque un granjero de Killamuck se cayó una noche en una fosa de estiércol; sus dos hijos, y luego el perro, Che, fueron detrás para salvarlo, y se ahogaron todos.

—Una cosa espantosa, espantosa —apostilla.

Se rasca la cabeza con un lápiz, devanándose los sesos, y garabatea los nombres de los varios B&B del lugar al tiempo que se lamenta de que la mayoría de ellos estén cerrados por temporada. Prueba con Diarmuid, luego con Grainne, pero no le cogen el teléfono, y en otros tres sitios salta un contestador que pide sin ambages que no se deje mensaje. Entonces se acuerda de Fifi, una señora muy simpaticona que había vivido en Australia, pero no está en casa; seguramente, explicó Dara, estaría en clase de meditación o de canto, era una adicta al rollo *New Age*, el praná y el karma y esa clase de cosas. Su último cartucho es el hotel Country House, aunque bien sabe él que está cerrado y que marido y mujer tienen programado un viaje para hacer senderismo en la India. Responde Iseult, la mujer. «Ni hablar, ni hablar». Pero con un poquito de vaselina se ablanda, una noche, sólo una noche.

Él la conocía. Le despachaba mercancía, vino y pescado fresco, y hasta langostas de los muelles. El camino de acceso era larguísimo, tortuoso y serpenteante, a la sombra de unos árboles inmensos y viejos, con una reserva de ciervos a un lado y su propio trocito de río, hermano del río del pueblo, un puente abombado y más camino, hasta desembocar en el jardincillo de la entrada donde los pavos reales campaban a sus anchas y hacían sus necesidades. Una vez tuvo la suerte de captar una imagen preciosa en el momento en que se bajaba de la furgoneta: la de un pavo real que abría la cola como un acordeón, unos verdes y azules intensos como los de una vidriera,